



Homilías

P. Félix Castro Morales | Sacerdos

• ABRIL, MAYO, JUNIO | 2022

#145

www.centrologos.org



Domingo V de cuaresma (Ciclo C)

Jn 8, 1-11

Hoy hemos escuchado, mientras Jesús predicaba en Jerusalén, un grupo de escribas y fariseos se acercan al Señor Jesús con mala intención. Ha sido sorprendida en flagrante adulterio y, según la Ley de Moisés, debía morir apedreada. Los escribas y fariseos, en el fondo lo que buscan es tender una trampa a Jesús y poder tener algo de qué acusarlo: quisieron ponerlo en un callejón sin salida. El Señor se había mostrado indulgente y misericordioso con los pecadores, pensaban que se opondría a la lapidación de la mujer, y oponiéndose de este modo a la Ley misma. Si públicamente se oponía a la lapidación de aquella adúltera, podrían acusarlo ante el Sanedrín por “pronunciar palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios” (ver *Hech 6,11*). Si por el contrario aprobaba la lapidación de la pecadora, perdería la autoridad y reconocimiento que ante el pueblo había adquirido en gran parte gracias a sus enseñanzas llenas de misericordia para con el pecador.

El Señor interrumpe su enseñanza y escucha a los fariseos atentamente. Una vez concluida su exposición, el Señor asume una actitud desconcertante: sin decir palabra alguna se inclinó y “escribía con el dedo en el suelo”, como quien se desentiende completamente del asunto. De lo que en ese momento escribió o dibujó, ningún evangelista da cuenta. Carecía de todo interés. ¿Acaso se trataba de un ejercicio de paciencia ante la enervante malicia de los escribas y fariseos, a quienes no les interesaba instrumentalizar a esta mujer para tenderle una trampa?

Los impacientes escribas y fariseos insisten en su cuestionamiento. Entonces el Señor se levanta y pronuncia una escueta y lapidaria sentencia: “El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra”. Cristo no arroja piedras, pero arroja estas tremendas palabras contra aquellos hipócritas guardianes de la moral que están prontos a lanzar piedras contra la pecadora, cuando ellos mismos cargan en sus conciencias pecados graves. La sentencia del Señor, cual espada afilada, entra hasta lo más profundo de sus conciencias y penetra el corazón más endurecido (ver *Heb 4,12*). No un largo discurso, sino tan sólo unas agudas palabras bastan para invitar a los acusadores a mirarse a sí mismos antes de reclamar el castigo para aquella pecadora y ejecutar la sentencia de muerte. La sentencia fue suficiente para desarmar la trampa y para liberar a esta mujer de la muerte merecida por su grave pecado. Comenzando por los más viejos se fueran retirando uno tras otro.

Cuando todos sus acusadores se han marchado, le pregunta “Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?” Ella contestó: “Ninguno, Señor”. Jesús le dijo: “Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más”. Al decir “tampoco yo te condeno” le estaba diciendo: “sé que has pecado gravemente y que según la Ley de Moisés mereces la muerte. Yo podría apedrearte y condenarte, pero date cuenta que no he venido a condenar sino a salvar (ver *Jn 3,17*).

Lo que dijo Jesús a aquella mujer nos lo dice hoy también a nosotros: Yo no apruebo tu pecado, pero te perdono y te renuevo interiormente, por el amor que te tengo te redimo, hago de ti una mujer nueva y te doy una nueva oportunidad para que tú, libre ya de tu pecado, reconciliada con Dios, sanada interiormente de las heridas que tú misma te has hecho por el mal cometido, *anda y no peques más*. Así pues, conviértete del mal camino que había emprendido y vive en adelante de acuerdo a tu condición y dignidad de hija amada del Padre. Olvida lo que ha quedado atrás y lánzate ahora a conquistar lo que está por delante, corriendo hacia la meta para alcanzar el premio que Dios te tiene prometido para la vida eterna (ver segunda lectura)."

El pecado, el hacer el mal que no queríamos, la caída en el peregrinar, es parte de nuestra experiencia cotidiana. ¿Quién de nosotros está libre de pecado? Nadie. En la Escritura leemos: “siete veces -es decir: innumerables veces- cae el justo” (*Prov. 24,16*). No podemos olvidar jamás que todos somos pecadores y frágiles, y que “si no obras bien, a la puerta está el pecado acechando como fiera que te codicia” (*Gén 4,6-7*; ver *1Pe 5,8-9*). San Agustín nos advierte “El Señor es bueno, el Señor es lento a la cólera, el Señor es misericordioso, pero el Señor es justo y el Señor es la misma verdad (*Sal 85,15*). Él te concede un tiempo para corregirte mientras que tú prefieres aprovecharte de esta demora en lugar de convertirte. Fuiste malo ayer, sé bueno hoy. ¡Has pasado el día haciendo el mal, mañana cambia de conducta! Éste es el sentido de las palabras que Jesús dirige a esta mujer: “Yo tampoco te condenaré, pero, libre del pasado, ten cuidado en el futuro. Yo tampoco te condenaré, he borrado tu culpa. ¡Observa lo que mando para recibir lo que prometo!”.

Domingo de Ramos (Ciclo C)

Lc. 22, 14 – 23, 56

La liturgia del Domingo de Ramos nos introduce ya en la Semana Santa. Asocia dos momentos radicalmente contrapuestos, separados tan sólo por pocos días de diferencia: la acogida gloriosa de Jesús en Jerusalén y su implacable ajusticiamiento en el Gólgota, el “hosanna” desbordante de fervor y el despiadado “¡crucifícalo!”.

La lectura de la página evangélica ha puesto ante nuestros ojos *las escenas terribles de la pasión de Jesús*: su sufrimiento físico y moral, el beso de Judas, el abandono de los discípulos, el proceso en presencia de Pilato, los insultos y escarnios, la condena, la vía dolorosa y la crucifixión. Por último, el sufrimiento más misterioso: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”. Un fuerte grito, y luego la muerte.

Nos preguntamos sorprendidos: ¿Qué pasó en tan breve lapso de tiempo? ¿Por qué este cambio radical de actitud?, ¿Cómo es posible que los gritos jubilosos de “hosanna” (es decir: “sálvanos”) y “bendito el que viene” con que reconocían y acogían al Mesías-Hijo de David se trocasen tan pronto en insultos, burlas, golpes, interminables latigazos y en un definitivo desprecio y rechazo: “¡A **ése** no! ¡A Barrabás!... a **ése** ¡crucifícalo, crucifícalo!”.

Una explicación sin duda es la manipulación a la que es sometida la muchedumbre. Como sucede también en nuestros días, quien carece de sentido crítico tiende a plegarse a la “opinión pública”, a “lo que dicen los demás”, dejándose arrastrar fácilmente en sus opiniones y acciones por lo que “la mayoría” piensa, dice o hace. ¿No hacen lo mismo hoy muchos enemigos de la Iglesia que hallando eco en los poderosos medios de comunicación social presentan “la verdad sobre Jesús” para que muchos hijos de la Iglesia griten nuevamente: “crucifíqueno” y “crucifiquen a su Iglesia”? Como en aquel tiempo, también hoy la “opinión pública” es manipulada hábilmente por un pequeño grupo de poder que quiere quitar a Cristo de en medio (ver Lc 19,47; Jn 5,18; 7,1; Hech 9,23).

Pero la asombrosa facilidad para cambiar de actitud tan radicalmente con respecto al Señor Jesús no debe hacernos pensar tanto en “los demás”, o señalar a ciertos grupos de poder para sentirnos exculpados, sino que debe hacernos reflexionar humildemente en nuestra propia volubilidad e inconsistencia. ¿Cuántas veces arrepentidos, emocionados, tocados profundamente por un encuentro con el Señor, convencidos de que Cristo es la respuesta a todas nuestras búsquedas de felicidad, de que ÉL es EL SEÑOR, le abrimos las puertas de nuestra mente y de nuestro corazón, lo acogimos con alegría y entusiasmo, con palmas y vítores, pero pocos días después lo expulsamos y gritamos “¡crucifícale!” con nuestras acciones y opciones opuestas a sus enseñanzas? ¿Cuántas veces preferimos al “Barrabás” de nuestros propios vicios y pecados?

¡También yo me dejo manipular tan fácilmente por las voces seductoras de un mundo que odia a Cristo y busca arrancar toda raíz cristiana de nuestros pueblos y culturas forjados al calor de la fe! ¡También yo me dejo influenciar tan fácilmente por las voces engañosas de mis propias concupiscencias e inclinaciones al mal! ¡También yo me dejo seducir tan fácilmente por las voces sutiles y halagadoras del Maligno que con sus astutas ilusiones me promete la felicidad que anhelo vivamente si a cambio les ofrendo mi vida a los dioses del poder, del placer o del tener! Y así, ¡cuántas veces, aunque cristiano de nombre, grito con mi pecado: “¡A **ése NO! ¡Elijo a Barrabás! ¡A ese sácalo de mi vida! ¡A **ése** CRUCIFÍCALO!”**

¡Qué importante es aprender a ser fieles hasta en los más pequeños detalles de nuestra vida, para no crucificar nuevamente a Cristo con nuestras obras! ¡Qué importante es ser fieles, siempre fieles! ¡Qué importante es desenmascarar, resistir y rechazar aquellas voces que sutil y hábilmente quieren ponernos en contra de Jesús, para en cambio construir nuestra fidelidad al Señor día a día con las pequeñas opciones por ÉL! ¡Qué importante es fortalecer nuestra amistad con ÉL mediante la oración diaria y perseverante! De lo contrario, en el momento de la prueba o de la tentación, en el momento en que escuchemos las “voces” interiores o exteriores que nos inviten a eliminar al Señor Jesús de nuestras vidas, descubriremos cómo nuestro “hosanna” inicial se convertirá en un traicionero “crucifícalo”.

¿Qué elijo yo?, ¿Ser fiel al Señor hasta la muerte?, ¿O, cobarde como tantos, me conformo con señalar siempre como una veleta en la dirección en la que soplan los vientos de este mundo que aborrece a Cristo, que aborrece a su Iglesia y a todos aquellos que son de Cristo?

'La piedra de toque del seguimiento de Jesús, no lo olvidemos, es el amor, y el amor pasa por la cruz'

Entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén (Wikipedia)

Iniciamos hoy la semana que desde tiempo inmemorial el pueblo cristiano llama santa. Y la llama así por muchas razones, pero básicamente porque toda ella está abocada al domingo de Resurrección, al domingo de Pascua, que encierra el fundamento de nuestra fe. De manera muy gráfica, san Pablo lo razonó bajo la inspiración del Espíritu Santo: "Cristo ha resucitado, y se ha aparecido a Simón y a los demás. Finalmente, se me ha aparecido a mí. Si Cristo no hubiera resucitado, nuestra fe carecería de sentido, estaría vacía, y seguiríamos con nuestros pecados".

La fiesta central de todo el calendario cristiano es la Resurrección de Jesucristo. Y todos los acontecimientos que conmemoramos, que volvemos a hacer presentes y que celebramos en los días de la Semana Santa, están abocados al gran misterio pascual. Hoy es el domingo de Ramos, y la Iglesia recuerda, revive y celebra la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. Pocos días más tarde, será en esa ciudad donde será clavado en una cruz. Siempre me han llamado la atención las palabras de san Juan en el prólogo de su Evangelio y que leemos en Navidad: "Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron". Hoy viene a los suyos de nuevo, y tampoco lo van a recibir, tampoco lo van a aceptar, tampoco lo van a seguir, pese al fervor entusiasta que ha contagiado al cortejo. Hoy sabemos muy bien que aquella entrada triunfal fue para la mayoría algo efímero. De hecho, los que gritan a voz en cuello "¡hosanna!", serán prácticamente los mismos que el Viernes Santo habrán transformado ese grito en un enfurecido "¡crucifícale!" "¡Qué diferentes voces eran – comenta San Bernardo en un sermón pronunciado en un domingo de Ramos – y qué diferentes los ramos y la cruz, las flores y las espinas!".

¿Qué ha podido suceder para semejante cambio? ¿Por qué tanta falta de coherencia? ¿Ha sido el miedo, la comodidad, el qué dirán, los respetos humanos?... Estas preguntas hagámoslas a nosotros mismos mirando nuestro propio corazón. Hoy, como hace dos mil años, somos capaces de las mismas grandezas y las mismas miserias de aquellos que se volcaron en el recibimiento a Jesús. Le siguieron en masa, muchos, pero en realidad fueron muy pocos los que llegaron hasta el final. Hoy somos más de mil cien millones de hombres y mujeres, de todo el mundo, los seguidores de Jesús. ¿Seguidores? Aquella entrada triunfal pide hoy, igual que entonces, coherencia, perseverancia, fidelidad, continuidad. Nuestro seguimiento de Jesús no puede ser un sentimiento fugaz que se apaga a la más mínima contrariedad. La piedra de toque del seguimiento de Jesús, no lo olvidemos, es el amor, y el amor pasa por la cruz. Sin cruz no hay redención, no hay salvación.

Recibamos en nuestro corazón a ese Jesús que viene lleno de humildad montado en un borriquillo. Digámosle que estamos dispuestos a acompañarlo hasta el final, en el fiel cumplimiento de todas nuestras obligaciones para con Dios, para con la familia y para con toda la sociedad. Vivamos una Semana Santa – y siempre – con tal categoría que los demás, amigos, compañeros de trabajo y familiares, al vernos, no tengan más remedio que afirmar con alegría: "Este es un cristiano, un verdadero seguidor de Jesucristo".

«¡**Bendito el que viene en nombre del Señor!**» (Cf. Lc 19,38), gritaba la muchedumbre de Jerusalén acogiendo a Jesús. Hemos hecho nuestro aquel entusiasmo, agitando las palmas y los ramos de olivo hemos expresado la alabanza y el gozo, el deseo de recibir a Jesús que viene a nosotros. Del mismo modo que entró en Jerusalén, desea también entrar en nuestras ciudades y en nuestras vidas. Así como lo ha hecho en el Evangelio, cabalgando sobre un simple pollino, viene a nosotros humildemente, pero viene «en el nombre del Señor»: con el poder de su amor divino perdona nuestros pecados y nos reconcilia con el Padre y con nosotros mismos. Jesús está contento de la manifestación popular de afecto de la gente, y ante la protesta de los fariseos para que haga callar a quien lo aclama, responde: «si estos callan, gritarán las piedras» (Lc 19,40). Nada pudo detener el entusiasmo por la entrada de Jesús; que nada nos impida encontrar en él la fuente de nuestra alegría, de la alegría auténtica, que permanece y da paz; porque sólo Jesús nos salva de los lazos del pecado, de la muerte, del miedo y de la tristeza.

Sin embargo, la Liturgia de hoy nos enseña que el Señor no nos ha salvado con una entrada triunfal o mediante milagros poderosos. El apóstol Pablo, en la segunda lectura, sintetiza con dos verbos el recorrido de la redención: «se despojó» y «se humilló» a sí mismo (Fil 2,7.8). Estos dos verbos nos dicen hasta qué extremo ha llegado el amor de Dios por nosotros. Jesús se despojó de sí mismo: renunció a la gloria de Hijo de Dios y se convirtió en Hijo del hombre, para ser en todo solidario con nosotros pecadores, él que no conoce el pecado. Pero no solamente esto: ha vivido entre nosotros en una «condición de esclavo» (v. 7): no de rey, ni de príncipe, sino de esclavo. Se humilló

y el abismo de su humillación, que la Semana Santa nos muestra, parece no tener fondo.

El primer gesto de este amor «hasta el extremo» (Jn 13,1) es el lavatorio de los pies. «El Maestro y el Señor» (Jn 13,14) se abaja hasta los pies de los discípulos, como solamente hacían lo siervos. Nos ha enseñado con el ejemplo que nosotros tenemos necesidad de ser alcanzados por su amor, que se vuelca sobre nosotros; no puede ser de otra manera, no podemos amar sin dejarnos amar antes por él, sin experimentar su sorprendente ternura y sin aceptar que el amor verdadero consiste en el servicio concreto.

Pero esto es solamente el inicio. La humillación que sufre Jesús llega al extremo en la Pasión: es vendido por treinta monedas y traicionado por un beso de un discípulo que él había elegido y llamado amigo. Casi todos los otros huyen y lo abandonan; Pedro lo niega tres veces en el patio del templo. Humillado en el espíritu con burlas, insultos y salivazos; sufre en el cuerpo violencias atroces, los golpes, los latigazos y la corona de espinas desfiguran su aspecto haciéndolo irreconocible. Sufre también la infamia y la condena inicua de las autoridades, religiosas y políticas: es hecho pecado y reconocido injusto. Pilato lo envía posteriormente a Herodes, y este lo devuelve al gobernador romano; mientras le es negada toda justicia, Jesús experimenta en su propia piel también la indiferencia, pues nadie quiere asumir la responsabilidad de su destino. Y pienso en mucha gente, en muchos marginados, en muchos prófugos, en muchos refugiados... a los que les digo que muchos no quieren asumir la responsabilidad de su destino. El gentío que apenas unos días antes lo aclamaba, transforma las alabanzas en un grito de acusación, prefiriendo incluso que en lugar de él sea liberado un homicida. Llega de este modo a la muerte en cruz, dolorosa e infamante, reservada a los traidores, a los esclavos y a los peores criminales. La soledad, la difamación y el dolor no son todavía el culmen de su anonadamiento. Para ser en todo solidario con nosotros, experimenta también en la cruz el misterioso abandono del Padre. Sin embargo, en el abandono, ora y confía: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46).

Suspendido en el patíbulo, además del escarnio, afronta también la última tentación: la provocación a bajar de la cruz, a vencer el mal con la fuerza, y a mostrar el rostro de un Dios potente e invencible. Jesús en cambio, precisamente aquí, en el culmen del anonadamiento, revela el rostro auténtico de Dios, que es misericordia. Perdona a sus verdugos, abre las puertas del paraíso al ladrón arrepentido y toca el corazón del centurión. Si el misterio del mal es abismal, infinita es la realidad del Amor que lo ha atravesado, llegando hasta el sepulcro y los infiernos, asumiendo todo nuestro dolor para redimirlo, llevando luz donde hay tinieblas, vida donde hay muerte, amor donde hay odio.

Nos puede parecer muy lejano a nosotros el modo de actuar de Dios, que se ha anonadado por nosotros, mientras a nosotros nos parece difícil olvidarnos un poco de nosotros mismos. Él viene a salvarnos, estamos llamados a elegir su camino: el camino del servicio, de la donación, del olvido de uno mismo. Podemos emprender este camino deteniéndonos en estos días a mirar el Crucifijo, es la "cátedra de Dios". Os invito en esta semana a mirar a menudo a esta "cátedra de Dios", para aprender el amor humilde, que salva y da la vida, para renunciar al egoísmo, a la búsqueda del poder y de la fama. Con su humillación, Jesús nos invita a caminar por su camino. Volvamos a él la mirada, pidamos la gracia de entender algo de este misterio de su anonadamiento por nosotros; y así, en silencio, contemplemos el misterio de esta Semana.

SANTA MISA "IN CENA DOMINI" (Ciclo C)

Lc. 13, 1-1

En la santa Misa crismal, preludeo matutino del **Jueves Santo**, nos reunimos por la mañana los presbíteros con nuestro obispo. Durante esta significativa celebración eucarística, se bendijeron el óleo de los enfermos, de los catecúmenos, y el crisma. Además, el obispo y los presbíteros renovamos las promesas sacerdotales que pronunciamos el día de nuestra ordenación. En esta tarde, los ritos de la **santa misa in Cena Domini** son una apremiante invitación a contemplar la Eucaristía, misterio central de la fe y de la vida cristiana.

Juntamente con la Eucaristía, en el Cenáculo el Señor instituyó el sacerdocio ministerial, para que se actualice a lo largo de los siglos su único sacrificio: "Hagan esto en conmemoración mía" (**Lc 22, 19**). Luego nos dejó el mandamiento nuevo del amor fraterno. Con el lavatorio de los pies nos enseña a sus discípulos que el amor debe traducirse en servicio humilde y desinteresado al prójimo.

Hemos escuchado en el principio del Evangelio que el Señor Jesús "Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo" (**Jn 13, 1**). Recordamos el gesto de Jesús que lava los pies a los Apóstoles (cf. **Jn 13, 1-25**). Este acto se convierte para el evangelista en la representación de toda la vida de Jesús y revela su amor hasta el extremo, un amor infinito, capaz de habilitar al hombre para la comunión con Dios y hacerlo libre.

Dios ama a su criatura, el hombre; lo ama también en su caída y no lo abandona a sí mismo. Él ama hasta el fin. Lleva su amor hasta el final, hasta el extremo: baja de su gloria divina. Se desprende de las vestiduras de su gloria divina y se viste con ropa de esclavo. Baja hasta la extrema miseria de nuestra caída. Se arrodilla ante nosotros y desempeña el servicio del esclavo; lava nuestros pies sucios, para que podamos ser admitidos a la mesa de Dios, para hacernos dignos de sentarnos a su mesa, algo que por nosotros mismos no podríamos ni deberíamos hacer jamás.

Dios no es un Dios lejano, demasiado distante y demasiado grande como para ocuparse de nuestras bagatelas. Dado que es grande, puede interesarse también de las cosas pequeñas. Dado que es grande, el alma del hombre, el hombre mismo, creado por el amor eterno, no es algo pequeño, sino que es grande y digno de su amor. La santidad de Dios no es sólo un poder incandescente, ante el cual debemos alejarnos aterrorizados; es poder de amor y, por esto, es poder purificador y sanador.

Dios desciende y se hace esclavo; nos lava los pies para que podamos sentarnos a su mesa. Así se revela todo el misterio de Jesucristo. Así resulta manifiesto lo que significa redención. El baño con que nos lava es su amor dispuesto a afrontar la muerte. Sólo el amor tiene la fuerza purificadora que nos limpia de nuestra impureza y nos eleva a la altura de Dios. El baño que nos purifica es él mismo, que se entrega totalmente a nosotros, desde lo más profundo de su sufrimiento y de su muerte.

Él es continuamente este amor que nos lava. En los sacramentos de la purificación -el Bautismo y la Penitencia- él está continuamente arrodillado ante nuestros pies y nos presta el servicio de esclavo, el servicio de la purificación; nos hace capaces de Dios. Su amor es inagotable; llega realmente hasta el extremo.

El amor alcanza su cima en el don que la persona hace de sí misma, sin reservas, a Dios y a sus hermanos. Al lavar los pies a los Apóstoles, el Maestro nos propone una actitud de servicio: "Ustedes me llaman Maestro y Señor, y dicen bien, porque lo soy. Pues si yo, siendo su Señor y Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros" (**Jn 13, 13-14**). Con este gesto, Jesús revela un rasgo característico de su misión: "Yo estoy en medio de ustedes como el que sirve" (**Lc 22, 27**). Así pues, solamente es verdadero discípulo de Cristo quien **lo imita** en su vida, haciéndose como él solícito en el servicio a los demás, también con sacrificio personal. En efecto, el servicio, es decir, la solicitud por las necesidades del prójimo, constituye la esencia de todo poder bien ordenado: reinar significa servir.

Lavarnos los pies unos a otros significa sobre todo perdonarnos continuamente unos a otros, volver a comenzar juntos siempre de nuevo, aunque pueda parecer inútil. Significa purificarnos unos a otros soportándonos mutuamente y aceptando ser soportados por los demás; purificarnos unos a otros dándonos recíprocamente la fuerza santificante de la palabra de Dios e introduciéndonos en el Sacramento del amor divino.

El Señor nos purifica; por esto nos atrevemos a acercarnos a su mesa. Pidámosle, por intercesión de Nuestra Señora de la Soledad, que nos conceda a todos, la gracia de poder ser un día, para siempre, huéspedes del banquete celestial.

VIERNES SANTO DE LA PASIÓN DEL SEÑOR (Ciclo C)

Jn. 18, 1 – 19. 42

La pasión dolorosa del Señor Jesús suscita necesariamente piedad hasta en los corazones más duros, ya que es el culmen de la revelación del amor de Dios por cada uno de nosotros. Observa san Juan: “Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna” (Jn 3,16). Cristo murió en la cruz por amor. A lo largo de los milenios, muchedumbres de hombres y mujeres han quedado seducidos por este misterio. Son los santos y los mártires.

Jesús al derramar su sangre, Él nos ha rescatado de la esclavitud de la muerte, roto la soledad de nuestras lágrimas, y entrado en todas nuestras penas y en todas nuestras inquietudes. Y es que nosotros no estamos celebrando solamente un aniversario, sino un misterio. San Agustín explica la diferencia entre las dos cosas. La celebración “como en un aniversario” —explica san Agustín— no requiere otra cosa —dice— sino “indicar con una solemnidad religiosa el día preciso del año en el que se recuerda ese hecho”; en la celebración como un misterio (“*in sacramento*”), “no solamente se conmemora un acontecimiento, sino que se hace de tal manera que se entienda su significado y sea acogido santamente” (*Epistola* 55, 1, 2: CSEL 34, 1, p. 170).

Esto lo cambia todo. No se trata sólo de asistir a una representación, sino de “acoger” su significado, de pasar de espectadores a actores. Por tanto, nos toca a nosotros elegir qué papel queremos representar en el drama, quién queremos ser: si Pedro, Judas, Pilato, la muchedumbre, el Cirineo, Juan, María... Nadie puede permanecer neutral; no tomar posición es tomar una bien precisa: la de Pilato que se lava las manos o la de la muchedumbre que desde lejos “estaba mirando” (Lc 23, 35).

Qué importante sería que hoy cada uno de nosotros pudiéramos identificarnos con el buen ladrón. El buen ladrón hace una confesión completa de su pecado; le dice a su compañero que insulta a Jesús: “¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha hecho nada malo” (Lc 23, 40 s). El buen ladrón se muestra aquí como un excelente teólogo. Solamente Dios, de hecho, sufre absolutamente siendo inocente; cualquier otra persona que sufre debe decir: “Yo sufro justamente”, porque, aunque no sea responsable de la acción que se le imputa, nunca está enteramente libre de culpa. Solamente el dolor de los niños inocentes se asemeja al de Dios y por eso es tan misterioso y tan sagrado.

¡Cuántos delitos atroces, en los últimos tiempos, han quedado sin un culpable! ¡Cuántos casos sin resolver! El buen ladrón hace un llamamiento a los responsables: haced como yo, salid al descubierto, confiesen su culpa; experimentarán también ustedes la alegría que yo sentí cuando escuché las palabras de Jesús: “¡Hoy estarás conmigo en el paraíso!” (Lc 23, 43).

¡Cuántos pecadores, que han confesado su pecado, pueden confirmar que eso mismo les sucedió a ellos! Pasaron del infierno al paraíso el día que tuvieron el valor de arrepentirse y confesar su culpa. El paraíso prometido es la paz de la conciencia, la posibilidad de mirarse en el espejo o mirar a los propios hijos sin tener que despreciarse.

No llevemos con nosotros a la tumba nuestro pecado; nos procuraría una condena mucho más temible que la humana. Si el hombre reconoce su pecado sinceramente, “Dios perdona muchas cosas, por una obra buena”; sí él perdona muchas cosas por un acto de arrepentimiento. Lo prometió solemnemente: “Aunque sus pecados sean como escarlata, quedarán blancos como nieve; aunque sean rojos como la púrpura, quedarán como lana” (Is 1, 18).

Si, al volver a casa esta noche, alguien nos pregunta: “¿De dónde vienes?, ¿dónde has estado?” respondamos, al menos en nuestro corazón: “¡He estado en el Calvario!”.

VIGILIA PASCUAL (Ciclo C)

Lc. 24, 1-12

En esta noche santa celebramos la **vigilia Pascual**, la **primera, más aún, la “madre” de todas las vigili- as del año litúrgico**. En ella, como canta varias veces el *Pregón*, se recorre el camino de la humanidad, desde la creación hasta el acontecimiento culminante de la salvación, que es la muerte y resurrección de Cristo.

La luz de Aquél que **“resucitó de entre los muertos: el primero de todos”** (1 Co 15,20) vuelve “clara como el día” (cf. *Sal* 138,12) esta noche memorable, considerada justamente el ‘corazón’ del año litúrgico. En esta noche la Iglesia entera vela y medita las etapas importantes de la intervención salvífica de Dios en el universo. Vislumbramos en esta noche pascual, el alba del día que no se acaba, el día de Cristo resucitado, que inaugura la vida nueva, “un cielo nuevo y una tierra nueva” (2 P 3,13; cf. *Is* 65,17; 66,22; *Ap* 21,1).

¡Oh sublime misterio de esta Noche Santa! Noche en la cual revivimos **¡el extraordinario acontecimiento de la Resurrección!** Si Cristo hubiera quedado prisionero del sepulcro, la humanidad y toda la creación, en cierto modo, habrían perdido su sentido. Pero Tú, Cristo, ¡has resucitado verdaderamente!

“¡Qué noche tan dichosa! Sólo ella conoció el momento en que Cristo resucitó de entre los muertos”. Así hemos cantado en **el Pregon pascual**, al comienzo de esta Vigilia solemne, madre de todas las Vigili- as.

Después de la noche trágica del Viernes Santo, cuando el “poder de las tinieblas” (cf. *Lc* 22, 53) parecía prevalecer sobre Aquel que es “la luz del mundo” (*Jn* 8, 12), *después del gran silencio del Sábado Santo*, en **el** cual Cristo, cumplida su misión en la tierra, encontró reposo en **el misterio** del Padre y llevó su mensaje de vida a los abismos de la muerte, *ha llegado finalmente la noche que precede el “tercer día”*, en el que, según las Escrituras, el Señor habría de resucitar, como Él mismo había preanunciado varias veces a sus discípulos.

“¡Qué noche tan dichosa en que une el cielo con la tierra, lo humano y lo divino!” (*Pregon pascual*).

Esta es la noche por excelencia de la fe y de la esperanza. Mientras todo está sumido en la oscuridad, Dios – la Luz – vela. Con Él velan todos los que confían y esperan en Él.

¡Oh María!, Señora Nuestra de la Soledad, esta es por excelencia *tu noche*. Mientras se apagan las últimas luces del sábado y el fruto de tu vientre reposa en la tierra, tu corazón también vela. *Tu fe y tu esperanza miran hacia delante*. Vislumbran ya detrás de la pesada losa la tumba vacía; más allá del velo denso de las tinieblas, atisban el alba de la resurrección.

Madre, haz que también veamos en el silencio de la noche, creyendo y esperando en la palabra del Señor. Así encontraremos, en la plenitud de la luz y de la vida, a Cristo, primicia de los resucitados, que reina con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. ¡Aleluya!

En el jubiloso encuentro de esta Vigilia hemos querido dirigir el pensamiento a la Bienaventurada Virgen María con la intensidad de sentimientos que inspira la Pascua, en su advocación de “Nuestra Señora de la Soledad, porque como es sabido de muchos, estamos en el año jubilar para **celebrar 200 años como Patrona** de esta Ciudad. Providencialmente nuestras celebraciones, que comenzaremos el próximo lunes, todo el mes de **abril, mes de nuestra señora de la Soledad**, coinciden con el tiempo Pascual... María es el ‘éxito’ más alto del misterio pascual, es la mujer perfectamente ‘lograda’ tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia, porque Ella supo meditar, comprender y vivir ese misterio más que ninguna otra criatura humana. Para el cristiano es imposible gustar el sentido de la Pascua prescindiendo de cómo lo vivió María, victoriosa, con Cristo y por Cristo, sobre el antiguo adversario.

Que María, testigo gozosa del acontecimiento de la Resurrección, nos ayude a todos a caminar “*en una vida nueva*”; que haga a cada uno consciente de que, estando nuestro hombre viejo crucificado con Cristo, debemos considerarnos y comportarnos como hombres nuevos, personas que “*viven para Dios, en Jesucristo*” (cf. *Rm* 6, 4.11).

DOMINGO DE PASCUA “El Señor Resucitado” (Ciclo C)

Jn. 20, 19-31

La Resurrección de Jesucristo es el misterio más importante de nuestra fe cristiana. **En la Resurrección de Jesucristo está el centro de nuestra fe cristiana y de nuestra salvación.** Por eso, la celebración de la fiesta de la Resurrección es la más grande del Año Litúrgico, pues si Cristo no hubiera resucitado, vana sería nuestra fe... y también nuestra esperanza.

San Agustín enseñaba a sus hijos: *“Resurrectio Domini, spes nostra”*, “la resurrección del Señor es nuestra esperanza” (*Sermón 261,1*). Con esta afirmación, el gran Obispo explicaba a sus fieles que Jesús resucitó para que nosotros, aunque destinados a la muerte, no desesperáramos, pensando que con la muerte se acaba totalmente la vida; Cristo ha resucitado para darnos la esperanza.

En efecto, una de las preguntas que más angustian la existencia del hombre es precisamente ésta: **¿qué hay después de la muerte?** Esta solemnidad nos permite responder a este enigma afirmando que la muerte no tiene la última palabra, porque al final es la Vida la que triunfa. Nuestra certeza no se basa en simples razonamientos humanos, sino en un dato histórico de fe: Jesucristo, crucificado y sepultado, ha resucitado con su cuerpo glorioso. Jesús ha resucitado para que también nosotros, creyendo en Él, podamos tener la vida eterna. Este anuncio está en el corazón del mensaje evangélico.

San Pablo lo afirma con fuerza: “Si Cristo no ha resucitado, nuestra predicación carece de sentido y vuestra fe lo mismo”. Y añade: “Si nuestra esperanza en Cristo acaba con esta vida, somos los hombres más desgraciados” (*1 Co 15,14.19*). **Desde la aurora de Pascua una nueva primavera de esperanza llena el mundo;** desde aquel día nuestra resurrección ya ha comenzado, porque la Pascua no marca simplemente un momento de la historia, sino el inicio de una condición nueva: Jesús ha resucitado no porque su recuerdo permanezca vivo en el corazón de sus discípulos, sino porque Él mismo vive en nosotros y en Él ya podemos gustar la alegría de la vida eterna.

Por tanto, la resurrección no es una teoría, sino una realidad histórica revelada por el Hombre Jesucristo mediante su “pascua”, su “paso”, que ha abierto una “nueva vía” entre la tierra y el Cielo (cf. *Hb 10,20*). No es un mito ni un sueño, no es una visión ni una utopía, no es una fábula, sino un acontecimiento único e irrepetible: **Jesús de Nazaret, HIJO DE MARÍA, que en el crepúsculo del Viernes fue bajado de la cruz y sepultado, ha salido vencedor de la tumba.** En efecto, al amanecer del primer día después del sábado, Pedro y Juan hallaron la tumba vacía. Magdalena y las otras mujeres encontraron a Jesús resucitado; lo reconocieron también los dos discípulos de Emaús en la fracción del pan; el Resucitado se apareció a los Apóstoles aquella tarde en el Cenáculo y luego a otros muchos discípulos en Galilea.

“Resurrectio Domini, spes nostra”. **La resurrección de Cristo es nuestra esperanza.** La Iglesia proclama hoy esto con alegría: anuncia la esperanza, que Dios ha hecho firme e invencible resucitando a Jesucristo de entre los muertos; comunica la esperanza, que lleva en el corazón y quiere compartir con todos, en cualquier lugar, especialmente allí donde los cristianos sufren persecución a causa de su fe y su compromiso por la justicia y la paz; invoca la esperanza capaz de avivar el deseo del bien, también y sobre todo cuando cuesta.

Hoy la Iglesia canta “el día en que actuó el Señor” e invita al gozo. **Hoy la Iglesia ora, invoca a María, Estrella de la Esperanza, para que conduzca a la humanidad hacia el puerto seguro de la salvación, que es el corazón de Cristo, la Víctima pascual,** el Cordero que “ha redimido al mundo”, el Inocente que nos “ha reconciliado a nosotros, pecadores, con el Padre”. A Él, Rey victorioso, a Él, crucificado y resucitado, gritamos con alegría nuestro *Alleluia*.

Finalmente, hoy también quiero decir lo que decía anoche en la Vigilia Pascual: En el jubiloso encuentro de este día de Pascua quiero dirigir el pensamiento a la Bienaventurada Virgen María con la intensidad de sentimientos que inspira la Pascua, en su advocación de “Nuestra Señora de la Soledad, porque como es sabido de muchos, estamos en el año jubilar para **celebrar 200 años como Patrona** de esta Ciudad. Providencialmente nuestras celebraciones, que comenzaremos el próximo lunes, todo el mes de **abril, mes de nuestra señora de la Soledad,** coinciden con el tiempo Pascual... María es el ‘éxito’ más alto del misterio pascual, es la mujer perfectamente ‘lograda’ tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia, porque Ella supo meditar, comprender y vivir ese misterio más

que ninguna otra criatura humana. Para el cristiano es imposible gustar el sentido de la Pascua prescindiendo de cómo lo vivió María, victoriosa, con Cristo y por Cristo, sobre el antiguo adversario.

Desde María, inmersa en el Misterio pascual, vivamos la Pascua de la Mano de María.

III Domingo de Pascua (Ciclo C)

Lucas 6.17,20-26

Testimoniar a Cristo resucitado con valentía y atrevimiento

La resurrección de Cristo es fuente de entusiasmo, fuerza y valentía para dar testimonio, si es preciso con la sangre, delante de todos de ese maravilloso hecho: “El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quienes ustedes dieron muerte colgándolo de la cruz...Nosotros somos testigos” (1ª lectura). Hoy es la tercera aparición de Jesús resucitado a sus discípulos para confirmarles en la fe, en la confianza y en el amor. Y de esta manera puedan vivir en un “Amén” sostenido y sin bemoles.

Testimoniar a Cristo requiere una experiencia profunda del amor de Cristo en nuestra vida (evangelio). Nadie da testimonio valiente de alguien a quien no ama, de quien no está convencido. Y el amor presupone el conocimiento, pues nadie ama lo que no conoce. El testimonio cristiano es la coherencia entre la vida y lo que hemos visto y oído: el testimonio cristiano no es solo de aquel que lo da; el testimonio cristiano lo es también del Espíritu Santo en el corazón del creyente: “testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo” (He 5,32). Sin el Espíritu Santo no hay testimonio cristiano, pues el testimonio es una gracia que el Señor nos da con el Espíritu Santo.

Sin el Espíritu no logramos ser testigos. El testigo es quien es coherente con lo que dice, con lo que hace y con lo que ha recibido, es decir, con el Espíritu Santo. Esa es la valentía cristiana, ese es el testimonio. Es el testimonio de nuestros mártires de hoy —tantos— expulsados de su tierra, desplazados, asesinados, perseguidos: tienen el valor de confesar a Jesús hasta el momento de la muerte; es el testimonio de esos cristianos que viven su vida en serio y dicen: Yo no puedo hacer esto, no puedo hacer mal a otro; no puedo engañar; no puedo llevar una vida a medias, tengo que dar mi testimonio. Y el testimonio es decir lo que en la fe ha visto y oído, o sea a Jesús Resucitado, con el Espíritu Santo que ha recibido como don (Francisco 7 marzo/16).

Testimoniar a Cristo no siempre será fácil (1ª lectura y evangelio). Encontraremos resistencias, nos prohibirán hablar de Cristo, se burlarán de nosotros, nos amenazarán. Podemos experimentar en la vida diaria que nuestra pesca es inútil, estéril, y sacamos las redes sin nada (evangelio): papás de familia que sacan las redes de sus hijos vacías, sin fe, sin amor...cuando no rotas por los estragos de la droga, del consumismo y del relativismo. Esposas comprometidas con su fe que tiran una y otra vez la red de la fidelidad a derecha e izquierda para conquistar al esposo, y nada. Redes vacías de virtud, en aquellos grupos de la parroquia, cuyas personas están llenas de ambiciones, de intrigas, de desavenencias, de críticas de rebeldías... Es en estos momentos cuando Cristo nos dice: “Echen las redes a la derecha de la barca y encontrarán peces”. Es el momento para renovar nuestra fe y confianza en la palabra del Señor. ¡Él vive y nos dice: “Traigan algunos pescados de los que acaban de pescar...pues las brasas están preparadas”!

Testimoniar a Cristo significa renovar nuestro continuo “Amén” (2ª lectura) a Dios, al crecimiento en las virtudes cristianas y a los valores humanos. “Amén” significa asentimiento, conformidad y obediencia a lo que otra persona hace o dice. Significa la fuerza, la firmeza, la solidez, la estabilidad, la duración, la credibilidad, la fidelidad, la seguridad total. La raíz de esta palabra AMÉN indica firmeza y seguridad. “Amén” implica un gran compromiso, es hacer una profesión de fe, es decirle a Dios que sí, que estamos de acuerdo con todo lo que Él nos dice, es repetirle una y otra vez que le vamos a ser fieles, es asegurar nuestra esperanza.

Amén, cuando el dolor o la enfermedad toque la puerta de nuestra casa. Amén, cuando un revés o contratiempo nos frustró los planos que teníamos. Amén, en la salud y enfermedad. Amén, en la riqueza y en la pobreza. Amén, en el éxito y en fracaso. Amén, en primavera, verano, otoño e invierno. Amén, en la niñez, en la adolescencia, en la juventud, en la edad madura y en la vejez. Amén, cuando Dios nos llena de consuelos y regalos, y también cuando experimentamos la noche oscura del alma. Amén, al terminar nuestras oraciones y nuestro trabajo. Amén, cuando Dios nos bendice con el cuarto o el quinto hijo, o cuando no nos bendice, y nos pide que adoptemos a un hijo de corazón. Amén, cuando la muerte se acerque de puntillas a nuestra habitación para llevarnos a la presencia de Dios.

¿Cómo está mi testimonio de Cristo resucitado: ¿es valiente y decidido, u opaco y débil? ¿Cómo reacciono delante de las dificultades que la vida me presenta o que Dios permite? ¿Vivo en un continuo “Amén” sostenido, o con muchos bemoles de incertidumbres, dudas, desalientos?

IV Domingo de Pascua (Ciclo C)

Jn 10, 27-30)

El corazón misericordioso de Cristo, el Buen Pastor

Después de habernos conducido, el domingo pasado, entre los pescadores, el Evangelio nos conduce ahora entre los pastores. Dos categorías de igual importancia en los evangelios. De una deriva el título de 'pescadores de hombres', de otra el de 'pastores de almas', dado a los apóstoles. En este domingo IV de Pascua se nos presenta *Jesús como el Buen Pastor*, Él es el buen pastor que va en busca de la oveja extraviada; se apiada del pueblo porque lo ve 'como ovejas sin pastor' (Mt 9,36); llama a sus discípulos 'el pequeño rebaño' (Lc 12, 32). Pedro llama a Jesús 'el pastor de nuestras almas' (1 P 2, 25) y la Carta a los Hebreos 'el gran pastor de las ovejas' (Hb 13,20).

De Jesús buen pastor el pasaje evangélico de este domingo subraya algunas características. La primera se refiere al *conocimiento recíproco entre ovejas y pastor*: 'Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen'. Lo que Jesús quiere decirnos es que Él conoce a sus discípulos (y, en cuanto Dios, a todos los hombres); les conoce 'por su nombre', que para la Biblia quiere decir en su esencia más íntima. Él les ama con un amor personal que llega a cada uno como si fuera el único que existe ante Él. Cristo no sabe contar más que hasta uno: y ese uno es cada uno de nosotros.

Otra cosa nos dice del buen pastor el pasaje del Evangelio es que Él *da la vida a las ovejas y por las ovejas y nadie podrá arrebatarlas*. Frente al peligro, el mercenario huye y deja a las ovejas a merced del lobo o del malhechor; el verdadero pastor afronta valientemente el peligro para salvar el rebaño. Esto explica por qué la liturgia nos propone el Evangelio del buen pastor en el tiempo pascual: la Pascua ha sido el momento en que Cristo ha demostrado ser el buen pastor que da la vida por sus ovejas.

Cristo es *Pastor para todos* (1ª lectura). Para todo tipo de ovejas: Ovejas que Él conoce muy bien, las ama con ternura y misericordia, le siguen con alegría, las alimenta diariamente con la vida eterna y las sacia en las fuentes de aguas vivas de los sacramentos y las defiende con el cayado de la Iglesia para que el lobo no las arrebate de su aprisco. Pastor que va delante, guiándonos el camino. Jesús nos conoce y nos ama, se adapta a cada uno, ayudándonos de acuerdo a nuestras necesidades y debilidades. En un rebaño, algunas ovejas son lentas y perezosas, otras son muy ansiosas y rápidas; algunas están enfermas, otras cojas, algunas tienen tendencia a perderse, otras a desviarse. Jesús es cuidadoso en guiar a cada persona, con infinita compasión y misericordia, a los pastos de la vida verdadera y perdurable. Pastor que sabe que esas ovejas se las puso su Padre en las manos (evangelio).

¿Cuáles son las condiciones para pertenecer al rebaño de Cristo Pastor? "*Mis ovejas escuchan mi voz...y ellas me siguen*". Escuchar y seguir al Pastor. Escucharle con la inteligencia y seguirle con la voluntad. Escuchar su enseñanza, contenida en los santos evangelios y explicada por la Iglesia. Conocerlo con nuestra inteligencia y así poder amarlo, tendiendo a Él con todo el impulso de nuestra voluntad. Quien se resiste a escuchar la voz de este Pastor camina decididamente hacia su propia perdición. Toda la Escritura es una reiterada invitación a *escuchar*. En la primera lectura Pablo y Bernabé hablan a la ciudad de Antioquía y fueron muchos los que les escuchaban, tantos que provocaron la envidia y palabras injuriosas a quienes estaban con los oídos cerrados a la Buena Nueva de la resurrección.

Para escuchar a este Pastor se necesita humildad y silencio interior. Y para *seguir* la voz de ese Pastor se necesita docilidad, para dejarse moldear por su doctrina, volviéndose cera blanda en sus manos. Aquí entra la labor del Espíritu Santo que va modelando en nosotros, si le dejamos, la imagen de Cristo, exhortándonos a salir de aquel vicio o pecado, de la mediocridad, de la tibieza, y a desprendernos del hombre terreno y aspirar a las cosas celestiales. Es preciso seguir al Pastor, es preciso seguir al Cordero dondequiera que vaya, haciendo nuestras sus palabras, teniendo su misma mente y corazón.

¿Estoy convencido que Cristo me quiere como soy, aun en mis momentos malos y defectuosos? ¿Imito a Jesús el Buen Pastor en la educación de mis hijos, o como profesor, y en todo lo que haga? ¿Soy oveja dócil, receptiva o rebelde y arisca?

*El Señor es mi pastor;
nada me falta.
En verdes praderas me hace descansar,
a las aguas tranquilas me conduce,
me da nuevas fuerzas
y me lleva por caminos rectos...*

*Tu bondad y tu amor me acompañan
a lo largo de mis días, y en tu casa, oh Señor, por siempre vivir*

V Domingo de pascua (Ciclo C)

Jn 13, 31-35

"El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él"

Concedor de las más profundas aspiraciones y necesidades del corazón humano, el Señor Jesús nos invita a amar, no de cualquier manera, sino como Él nos ha amado (Evangelio del Domingo pasado). Mas ese amor no puede sostenerse si es que no amamos a Aquel que nos ha amado primero: el mandamiento del mutuo amor sólo es posible ser vivido en la medida en que amemos al Señor Jesús y nos dejemos amar por Él, en la medida en que ese amor, Don de su Espíritu (ver **Rom 5,5**), inunde nuestros corazones y transforme nuestras vidas. Sólo esa abundancia de amor en el propio corazón nos hará capaces de salir de nosotros mismos para amar también a los hermanos como Cristo mismo nos ha amado.

Por esto **San Agustín** enseña que "Si buscamos de dónde le viene al hombre el poder amar a Dios, la única razón que encontramos es porque Dios lo amó primero. Se dio a sí mismo como objeto de nuestro amor y nos dio el poder amarlo. El Apóstol Pablo nos enseña de manera aún más clara cómo Dios nos ha dado el poder amarlo: **El amor de Dios -dice- ha sido derramado en nuestros corazones. ¿Por quién ha sido derramado? ¿Por nosotros, quizá? No, ciertamente. ¿Por quién, pues? Por el Espíritu Santo que se nos ha dado**".

Ahora bien, muchas veces podemos "sentir" que amamos al Señor, pero, ¿cómo sabemos si nuestro amor es auténtico? **¿Consiste el amor a Cristo solamente en un sentimiento interior, a veces muy intenso? Él mismo nos da la clave fundamental para saber si el amor que le tenemos no es un sentimentalismo vacío o vana palabrería: "Si alguno me ama, guardará mi palabra" (Jn14, 23)**. Ama de verdad al Señor quien escucha su voz y pone en práctica sus enseñanzas (Cfr. **Lc 11,28**). Así de sencillo, así de claro, así de contundente. ¿Puede acaso quien ama al Señor vivir de una manera opuesta a lo que Él enseña? De ninguna manera.

San Gregorio dice que "La prueba del amor está en las obras: el amor a Dios nunca es ocioso, porque si es muy intenso obra grandes cosas, y cuando rehúye obrar ya no es amor".

El auténtico amor al Señor se verifica necesariamente en el esfuerzo serio y sostenido por adherirse a su palabra, a sus enseñanzas y mandamientos. Quien ama a Cristo, hace lo que Él le dice (Cfr. **Jn 2,5**), no como si fuese una imposición externa, una obligación, sino con alegría, con prontitud, con convicción profunda. Quien vive esta obediencia lo hace con la total certeza de que lo que el Señor le pide es el camino para alcanzar su máximo bien y realización personal, que ése es asimismo el camino para contribuir eficazmente al bien de muchas otras personas que dependen de él o de ella. La adhesión libre a sus enseñanzas, a lo que Él pueda pedirme incluso cuando trae consigo una considerable carga de sufrimiento, de sacrificio, de "cruz", de renuncia a mis propios planes o modos de ver las cosas es, pues, la "piedra de toque" para saber si mi amor al Señor Jesús es genuino o vana palabrería.

Es asimismo importante recordar que el amor al Señor se expresa de una manera muy concreta en la adhesión a las enseñanzas de la Iglesia, según lo dicho por el Señor: "Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha; y quien a vosotros os rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado" (**Lc 10,16**). Hay muchos católicos que hoy dicen "creo en Cristo, pero no en la Iglesia". Hay tantos otros que "seleccionan" y rechazan algunas de sus enseñanzas de la Iglesia sin siquiera informarse bien, pues les parecen demasiado incómodas o exigentes y opinan que "la Iglesia debería adecuarse a los tiempos modernos". Quien así piensa, no ama al Señor, sino al mundo y lo que hay en él (ver **1Jn 2,15**).

Al Señor y a su Iglesia no los podemos disociar. Cristo es la Cabeza del Cuerpo místico, que es la Iglesia que Él fundó sobre Pedro. Pretender separarlos sería como decapitar a una persona. Y la verdad enseñada por el Señor, guardada, rectamente interpretada y transmitida fielmente por la Iglesia gracias a la asistencia del Espíritu Santo que Él mismo prometió (ver **Jn 14,26**), no es la que debe "acomodarse" a los propios pareceres, caprichosas corrientes de moda u opinión de la mayoría. Somos los hijos de la Iglesia quienes amorosa y confiadamente hemos de adherirnos a sus maternales enseñanzas y enseñarlas de una manera comprensible a quienes no las comprenden bien.

VI domingo de Pascua (Ciclo C)

Jn 14, 23-29

El Evangelio de hoy nos vuelve a llevar al Cenáculo. Durante la Última Cena, antes de enfrentar a la pasión y la muerte en la cruz, Jesús promete a los Apóstoles el don del Espíritu Santo, que tendrá la tarea de enseñar y de recordar sus palabras a la comunidad de los discípulos. Lo dice el mismo Jesús: "El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi Nombre, les enseñará todo y les recordará lo que les he dicho" (Jn 14,26). Enseñar y recordar. Y esto es aquello que hace el Espíritu Santo en nuestros corazones.

"Jesús promete la venida del Espíritu Santo... El Espíritu de Verdad, el otro Paráclito, será dado por el Padre en virtud de la oración de Jesús... El Espíritu Santo vendrá, nosotros lo conoceremos, estará con nosotros para siempre... nos lo enseñará todo y nos recordará todo lo que Cristo nos ha dicho y dará testimonio de él; nos conducirá a la verdad completa y glorificará a Cristo" (CEC 729). Él es Maestro divino interior, Luz para las mentes, Dulce Huésped y Consolador de nuestras almas, Arquitecto de nuestra santidad, Escultor de la imagen de Cristo en nuestro interior, Estratega en nuestras luchas, Bálsamo para nuestras heridas.

En uno de sus sermones, san Agustín llama a la Iglesia «*Societas Spiritus*», sociedad del Espíritu (Serm. 71, 19, 32: PL 38, 462). Pero ya antes de él san Ireneo había formulado que: «Donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios, y donde está el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia y toda gracia, y el Espíritu es la verdad; alejarse de la Iglesia significa rechazar al Espíritu» y por eso "excluirse de la vida" (Adv. haer. III, 24, 1).

La Iglesia es divina y es humana. Está integrada por santos y por pecadores, pero, sobre todo, está dirigida por el Espíritu Santo. Una noche, el Papa Juan XXIII, desvelado en la cama preocupado por los problemas de la Iglesia, se incorporó, y se hizo a sí mismo esta pregunta: "Angelo, ¿quién guía la Iglesia tú o el Espíritu Santo? Pues si la guía el Espíritu Santo, no tienes por qué preocuparte". Y así se durmió...

El Espíritu tiene la tarea de despertar la memoria, recordar las palabras de Jesús. El Espíritu hará recordar las enseñanzas de Jesús en las diversas circunstancias concretas de la vida, para poderlas poner en práctica. Es precisamente lo que sucede todavía hoy en la Iglesia, guiada por la luz y la fuerza del Espíritu Santo, para que pueda llevar a todos, el don de la salvación, o sea el amor y la misericordia de Dios. Por ejemplo, cuando ustedes leen todos los días un pasaje del Evangelio, pedir al Espíritu Santo: "Que yo entienda y que yo recuerde estas palabras de Jesús". Y luego leer el pasaje, todos los días... Pero antes aquella oración al Espíritu, que está en nuestro corazón: "Que yo recuerde y que yo entienda".

¡No estamos solos: Jesús está cerca de nosotros, en medio de nosotros, dentro de nosotros! Su nueva presencia en la historia ocurre mediante el don del Espíritu Santo, por medio del cual es posible instaurar una relación viva con Él, el Crucificado Resucitado. El Espíritu, difundido en nosotros con los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación, actúa en nuestra vida. Él nos guía en la forma de pensar, de actuar, de distinguir qué cosa es buena y qué cosa es mala; nos ayuda a practicar la caridad de Jesús, su donarse a los demás, especialmente a los más necesitados.

¡No estamos solos! Y la señal de la presencia del Espíritu Santo es también la paz que Jesús dona a sus discípulos: "Les doy mi paz" (v. 27). Ella es diferente de aquella que los hombres desean e intentan realizar. La paz de Jesús brota de la victoria sobre el pecado, sobre el egoísmo que nos impide amarnos como hermanos. Es don de Dios y señal de su presencia. Todo discípulo, llamado hoy a seguir a Jesús cargando la cruz, recibe en sí la paz del Crucificado Resucitado en la seguridad de su victoria y en la espera de su definitiva venida.

Que la Virgen María nos ayude a acoger con docilidad el Espíritu Santo como Maestro interior y como Memoria viva de Cristo en el camino cotidiano (Francisco, 1 mayo 2016).

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR (Ciclo C)

(Lc 24, 46-53)

“Mientras los bendecía iba subiendo al Cielo”

Cuarenta días después de la Resurrección –según el libro de los Hechos de los Apóstoles–, Jesús asciende al Cielo, o sea retorna al Padre que lo había enviado al mundo. La Ascensión del Señor marca el cumplimiento de la salvación iniciada con la Encarnación (Benedicto XVI). Hoy contemplamos a Cristo, el Señor resucitado, que victoriosamente asciende al Cielo. Al contemplarlo nuestros ojos se dirigen con firme esperanza hacia ese destino glorioso que Dios por y en su Hijo nos ha prometido también a cada uno de nosotros: la participación en la vida divina, en la comunión de Dios-Amor, por toda la eternidad (ver 2Pe 1,4; Ef 1,17ss).

Por esto, San León Magno dice que “Así como en la solemnidad de Pascua la resurrección del Señor fue para nosotros causa de alegría, así también ahora su ascensión al Cielo nos es un nuevo motivo de gozo, al recordar y celebrar litúrgicamente el día en que la pequeñez de nuestra naturaleza fue elevada, en Cristo, por encima de todos los ejércitos celestiales, de todas las categorías de ángeles, de toda la sublimidad de las potestades, hasta compartir el trono de Dios Padre”.

En el Cristo elevado al cielo el ser humano ha entrado de modo inaudito y nuevo en la intimidad de Dios; el hombre encuentra, ya para siempre, espacio en Dios. El “cielo”, la palabra cielo no indica un lugar sobre las estrellas, sino algo mucho más osado y sublime: indica a Cristo mismo, la Persona divina que acoge plenamente y para siempre a la humanidad, Aquel en quien Dios y el hombre están inseparablemente unidos para siempre. El estar el hombre en Dios es el cielo. Y nosotros nos acercamos al cielo, más aún, entramos en el cielo en la medida en que nos acercamos a Jesús y entramos en comunión con él. Por tanto, la solemnidad de la Ascensión nos invita a una comunión profunda con Jesús muerto y resucitado, invisiblemente presente en la vida de cada uno de nosotros.

Desde esta perspectiva comprendemos por qué el evangelista san Lucas afirma que, después de la Ascensión, los discípulos volvieron a Jerusalén “con gran gozo” (Lc 24, 52). La causa de su gozo radica en que lo que había acontecido no había sido en realidad una separación, una ausencia permanente del Señor; más aún, en ese momento tenían la certeza de que el Crucificado-Resucitado estaba vivo, y en él se habían abierto para siempre a la humanidad las puertas de Dios, las puertas de la vida eterna. En otras palabras, su Ascensión no implicaba la ausencia temporal del mundo, sino que más bien inauguraba la forma nueva, definitiva y perenne de su presencia, en virtud de su participación en el poder regio de Dios.

“Antes de separarse de sus amigos, Jesús refiriéndose al evento de su muerte y resurrección les dijo: “Ustedes son testigos de todo esto”. O sea los discípulos, los apóstoles son testimonios de la muerte y de la resurrección de Cristo y ese día también de la Ascensión de Cristo. Y de hecho, después de haber visto a su Señor subir a los cielos, los discípulos volvieron a la ciudad como testimonios que con alegría anuncian a todos la vida nueva que viene del Crucifijo Resucitado, en cuyo nombre “será predicado a todas las naciones la conversión para el perdón de los pecados”.

Este es el testimonio –hecho no solo con palabras pero también con la vida cotidiana– que cada domingo debería salir de nuestras Iglesias para entrar, durante la semana, en las casas, en las oficinas, en las escuelas, en los lugares de reunión y diversión, en los hospitales, las cárceles, las casas, para los ancianos, en las periferias de la ciudad. Este testimonio tenemos que llevarlo cada semana: ‘Cristo está con nosotros, Jesús subió al cielo, está con nosotros, Cristo está vivo’.

Jesús nos ha asegurado que en este anuncio y en este testimonio seremos “revestidos por la potencia de lo alto”. O sea con la potencia del Espíritu Santo. Aquí está el secreto de esta misión: la presencia real entre nosotros del Señor resucitado, que con el don del Espíritu sigue abriendo nuestra mente y nuestro corazón, para que anunciemos su amor y su misericordia también en los ambientes más hostiles de nuestra ciudad (Francisco, 8 de mayo/16).

Sin dejar de mirar al Cielo, ¡debemos actuar! ¡Hay mucho por hacer! ¡Hay mucho que cambiar, en mí mismo y a mi alrededor! ¡Muchos dependen de mí! ¡Es todo un mundo el que hay que transformar desde sus cimientos! Y el Señor nos promete la fuerza de su Espíritu para que seamos hoy sus Apóstoles que anuncien su Evangelio a tiempo y destiempo, un pequeño ejército de santos que con la fuerza de su Amor trabajemos incansablemente por cambiar

el mundo entero, para hacerlo más humano, más fraterno, más reconciliado, según el Evangelio de Jesucristo y con la fuerza de su gracia, y de la mano de María.

DOMINGO DE PENTECOSTÉS (Ciclo C)

Jn 14, 23-29

Celebramos hoy la gran solemnidad de Pentecostés. Aunque, en cierto sentido, todas las solemnidades litúrgicas de la Iglesia son grandes, esta de Pentecostés lo es de una manera singular, porque marca, llegado los 50 días, el cumplimiento del acontecimiento de la Pascua, de la muerte y resurrección del Señor Jesús, a través del don del Espíritu del Resucitado. La Iglesia revive lo que aconteció en sus orígenes, cuando los Apóstoles, reunidos en el Cenáculo de Jerusalén, “perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos” (Hch 1, 14).

Estaban reunidos en humilde y confiada espera de que se cumpliera la promesa del Padre que Jesús les había comunicado: “Serán bautizados con Espíritu Santo, dentro de no muchos días... Recibirán la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre ustedes” (Hch 1, 5.8).

“La ciencia del amor divino, que el Padre de las misericordias derrama por Jesucristo en el Espíritu Santo, es un don, concedido a los pequeños y a los humildes, para que conozcan y proclamen los secretos del Reino, ocultos a los sabios e inteligentes: por esto Jesús se llenó de gozo en el Espíritu Santo, y bendijo al Padre, que así lo había establecido (cf. Lc 10, 21-22; Mt 11, 25-26).

También se alegra la Madre Iglesia al constatar que, en el decurso de la historia, el Señor sigue revelándose a los pequeños y a los humildes, capacitando a sus elegidos, por medio del Espíritu que «todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios» (1 Co 2, 10), para hablar de las cosas «que Dios nos ha otorgado (...), no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales» (1 Co 2, 12. 13). De este modo el Espíritu Santo guía a la Iglesia hacia la verdad plena, la dota de diversos dones, la embellece con sus frutos, la rejuvenece con la fuerza del Evangelio y la hace capaz de escrutar los signos de los tiempos, para responder cada vez mejor a la voluntad de Dios (cf. *Lumen gentium*, 4 y 12; *Gaudium et spes*, 4)” (Divini Amoris Scientia 1).

El misterio de Pentecostés constituye el bautismo de la Iglesia; es un acontecimiento que le dio, por decirlo así, la forma inicial y el impulso para su misión. Y esta ‘forma’ y este ‘impulso’ siempre son válidos, siempre son actuales, y se renuevan de modo especial mediante las acciones litúrgicas.

El Espíritu Santo es el que mueve a la Iglesia, el que trabaja en la Iglesia, en nuestros corazones, el que hace de cada cristiano una persona distinta de otra, pero con todos juntos hace la unidad. Es el que saca adelante, abre las puertas y te envía a dar testimonio de Jesús. El Espíritu Santo es el que nos mueve a alabar a Dios, nos mueve a rezar: reza en nosotros. El Espíritu Santo es el que está en nosotros y nos enseña a mirar al Padre y llamarle *Padre*. Nos libera de esa condición de huérfanos a la que el espíritu del mundo quiere llevarnos.

El Espíritu Santo es el protagonista de la Iglesia viva: el que trabaja en la Iglesia. El peligro es que, cuando no vivimos esto, cuando no estamos a la altura de la misión del Espíritu Santo, reducimos la fe a una moral, a una ética. No podemos quedarnos en cumplir los mandamientos y nada más.

La vida cristiana no es una ética: es un encuentro con Jesucristo. Y es precisamente el Espíritu el que me lleva a ese encuentro con Jesús. Llevamos en el corazón al Espíritu Santo como si fuera un *prisionero de lujo*, porque no le dejamos que nos empuje, ni que nos mueva. Pero Él lo hace todo, lo sabe todo, sabe recordarnos lo que dijo Jesús. Solo hay una cosa que el Espíritu Santo no sabe hacer: *cristianos de salón*. ¡Eso no lo sabe hacer! No sabe hacer *cristianos virtuales* pero no virtuosos. Hace cristianos reales, toma la vida real tal y como es, con la profecía de leer los signos de los tiempos, y así nos lleva adelante. Es el gran prisionero de nuestro corazón. Decimos: *es la tercera Persona de la Trinidad*, pero nos quedamos ahí.

Hoy nos viene bien pensar qué hace el Espíritu Santo en mi vida, y preguntarse si nos ha enseñado el camino de la libertad... El Espíritu Santo, que está en mí, me empuja a salir fuera: ¿tengo miedo? ¿Cómo es mi valentía, la que me da el Espíritu Santo, para salir de mí mismo, para dar testimonio de Jesús? Y también, ¿cómo va mi paciencia en las pruebas? Porque también la paciencia la da el Espíritu Santo. En esta fiesta de Pentecostés, pensemos: ¿Creo de verdad o el Espíritu Santo es solo una palabra para mí? Procuremos hablar con él y decirle:

*Yo sé que Tú estás en mi corazón, que estás en el corazón de la Iglesia, que llevas adelante la Iglesia, que haces Tú haces la unidad entre todos nosotros, pero todos distintos, con la diversidad de todos... Decirle todas esas cosas y pedir la gracia de aprender —pero en la práctica, en la vida— lo que **Él hace. Es la gracia de la docilidad a Él: ser dócil al Espíritu Santo.***

Que el Espíritu Santo nos ilumine y nos guíe a vencer la fascinación de seguir nuestras verdades, y a acoger la verdad de Cristo transmitida en la Iglesia, por intercesión de Santa María Reina, nuestra Patrona.

SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD (Ciclo C)

Jn 16, 12-15

“El Espíritu de la verdad, los guiará hasta la verdad plena”

Después del tiempo pascual, que culmina en la fiesta de Pentecostés, la liturgia prevé estas tres solemnidades del Señor: hoy, la **Santísima Trinidad**; el jueves próximo, el *Corpus Christi* (en algunos países se celebra el Domingo siguiente); y, por último, el viernes de la siguiente semana, la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Cada una de estas celebraciones litúrgicas subraya una perspectiva desde la que se abarca todo el misterio de la fe cristiana; es decir, respectivamente, la realidad de Dios uno y trino, el sacramento de la Eucaristía y el centro divino-humano de la Persona de Cristo

Hoy celebramos la solemnidad de la santísima Trinidad, que presenta a nuestra contemplación y adoración la vida divina del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: una vida de comunión y de amor perfecto, origen y meta de todo el universo y de cada criatura, Dios. En la Trinidad reconocemos también el modelo de la Iglesia, en la que estamos llamados a amarnos como Jesús nos amó. Es el amor el signo concreto que manifiesta la fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Es el amor el distintivo del cristiano, como nos dijo Jesús: «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros» (Jn 13, 35). Es una contradicción pensar en cristianos que se odian. Es una contradicción. Y el diablo busca siempre esto: hacernos odiar, porque él siembra siempre la cizaña del odio; él no conoce el amor, el amor es de Dios.

Todos estamos llamados a testimoniar y anunciar el mensaje de que «Dios es amor», de que Dios no está lejos o es insensible a nuestras vicisitudes humanas. Está cerca, está siempre a nuestro lado, camina con nosotros para compartir nuestras alegrías y nuestros dolores, nuestras esperanzas y nuestras fatigas. Nos ama tanto y hasta tal punto, que se hizo hombre, vino al mundo no para juzgarlo, sino para que el mundo se salve por medio de Jesús (cf. Jn 3, 16-17). Y este es el amor de Dios en Jesús, este amor que es tan difícil de comprender, pero que sentimos cuando nos acercamos a Jesús. Y Él nos perdona siempre, nos espera siempre, nos quiere mucho. Y el amor de Jesús que sentimos, es el amor de Dios.

El Espíritu Santo, don de Jesús resucitado, nos comunica la vida divina, y así nos hace entrar en el dinamismo de la Trinidad, que es un dinamismo de amor, de comunión, de servicio recíproco, de participación. Una persona que ama a los demás por la alegría misma de amar es reflejo de la Trinidad. Una familia en la que se aman y se ayudan unos a otros, es un reflejo de la Trinidad. Una parroquia en la que se quieren y comparten los bienes espirituales y materiales, es un reflejo de la Trinidad.

El amor verdadero es ilimitado, pero sabe limitarse para salir al encuentro del otro, para respetar la libertad del otro. Todos los domingos vamos a misa, juntos celebramos la Eucaristía, y la Eucaristía es como la «zarza ardiendo», en la que humildemente habita y se comunica la Trinidad; por eso la Iglesia ha puesto la fiesta del *Corpus Christi* después de la de la Trinidad (Francisco, 15 de junio de 2014).

Si amamos a Dios como El desea ser amado por nosotros y si nos amamos entre nosotros con ese amor con que Dios nos ama, estaremos unidos a Dios para toda la eternidad. Pero aún en el más allá, cuando esa unión se dará a plenitud, y los que hayamos obrado bien estaremos resucitados en cuerpo y alma gloriosos en unión plena en Dios, Dios seguirá siendo Dios y nosotros seguiremos siendo nosotros.

Hermanos, hagamos nuestra la oración de san Hilario de Poitiers: “Mantén incontaminada esta fe recta que hay en mí y, hasta mi último aliento, dame también esta voz de mi conciencia, a fin de que me mantenga siempre fiel a lo que profesé en mi regeneración, cuando fui bautizado en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo” (*De Trinitate*, XII, 57: CCL 62/a, 627).

La Virgen María, con su dócil humildad, se convirtió en esclava del Amor divino: aceptó la voluntad del Padre y concibió al Hijo por obra del Espíritu Santo. En ella el Omnipotente se construyó un templo digno de él, e hizo de ella el modelo y la imagen de la Iglesia, misterio y casa de comunión para todos los hombres. Que María, espejo de la Santísima Trinidad, nos ayude a crecer en la fe en el misterio trinitario.

XIII Domingo ordinario (Ciclo C)

Lc. 9, 51-62

Dios llama y el hombre responde al llamamiento o no

Las Lecturas de hoy nos hablan del llamamiento de Dios al hombre y del seguimiento del hombre a Dios, y de la respuesta que Él espera de nosotros. En el Evangelio (Lc. 9, 51-62) después de anunciar la Pasión, Jesús inicia el camino de Jerusalén. Mientras iba de camino, tres personas le salen al encuentro a Jesús: querían ser discípulos suyos. También nosotros queremos serlo, y por lo tanto este Evangelio es para nosotros. Jesús nos invita a ser sus discípulos: quiere que compartamos su vida para que siguiendo su ejemplo lleguemos a reproducir su imagen en nosotros.

1) Uno le dijo: "Te seguiré por doquiera que vayas". Parece que **éste está** muy seguro de sí mismo. Se cree fuerte, sólido, generoso. El hombre viene con rectas intenciones, sin embargo es escrutado por Jesús y le habla que en el seguimiento quedan atrás las comodidades "El Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza" (Lc 9,58). La decisión de seguir a Jesús no puede ser el resultado de un entusiasmo pasajero, sino el compromiso de toda una vida, que - humanamente hablando - no ofrece garantías de seguridad... Es necesario estar dispuestos a todo: rechazo, persecución, incompreensión...

2) "A otro le dijo: "Sígueme". Es Jesús quien llama. El hombre respondió: "Permíteme que vaya primero a enterrar a mi padre". Jesús le replicó: "Deja que los muertos entierren a sus muertos". La palabra "muerto" puede referirse a los que todavía no han encontrado a Jesús o lo han dejado o viven sin Él, no tienen fe: no han pasado de la muerte a la vida. La invitación de seguir a Jesús nos pone ante la opción de elegir entre la Vida y la muerte, y hay una sola respuesta sensata. No seguir a Jesús es quedarse en el mundo de los que en realidad están muertos.

3) Otro le dijo: "Te seguiré, Señor; pero déjame primero despedirme de mi familia". Jesús le contestó: "El que echa mano al arado y sigue mirando atrás, no vale para el Reino de Dios". Jesús, ha evocado la imagen de Eliseo con la mano en el arado, cuando Elías le llamó y le echó su manto encima, y quemó el arado y mató los bueyes para seguirle. Aquí no habla Jesús de no atender a la familia, sino de la radicalidad de la llamada divina. Dar el primer lugar a Jesús en la vida personal y familiar. Jesús no mira el pasado, sino el futuro, que es el reino, al cual todas las realidades están ordenadas y han de ser reorientadas por los discípulos, incluso la familia.

Todo esto no es otra cosa que el fiel cumplimiento del mandamiento: amar al Señor con todo el corazón, con toda nuestra alma y con toda nuestra mente. Amar a Dios sobre todas las cosas quiere decir sencillamente aspirar a ser santos. Amar a Dios sobre todas las cosas es, además, el secreto para conseguir la felicidad, incluso ya en esta vida. Si Dios es amado sobre todas las cosas, entonces también el hombre ama y es amado con toda la plenitud del amor accesible a él. Si se destruye esa estructura inseparable, de la que habla el mandamiento de Cristo, entonces el amor del hombre se apartará de su raíz más profunda, perderá la raíz de la plenitud y de la verdad, que le son esenciales.

Cristo nos llama y nos dice: ¡Sígueme! Este seguirle es vivir sus mandamientos, guardar con fidelidad su palabra, para que se forje en nuestro corazón un verdadero amor, para que nuestra vida sea una vida llena. Digámosle, desde esta perspectiva a Jesús: "Te seguiré por doquiera que vayas". *¿A dónde vamos a ir, si Tú tienes palabras de vida eterna? La meta y el término de nuestra vida es él, Cristo, que nos espera, a cada uno y a todos juntos, para guiarnos más allá de los confines del tiempo en el abrazo eterno del Dios que nos ama. No tengamos miedo de Él, Jesús no nos quita nada, nos da todo: el Maestro tiene palabras de vida eterna, palabras que, mientras prometen la eternidad, dan pleno sentido a nuestra vida.*

La vida de María fue un continuo sí al amor y al seguimiento de Dios. Ella nos ayude a tomar una postura por Cristo, dejando a un lado comodidades, seguridades, realizaciones personales, bienes materiales, preferencias familiares, tal vez todas estas cosas lícitas, pero que el Señor quiere que dejemos de lado para seguirlo como Él nos pide.